siguen las conquistas de los cavalleros, las injustas demandas, muchos homecidas e injurias y deservicios públicos que se fazen a Nuestro Señor, y aún otros secretos deshonestos, que por la torpedad y fealdad d'ellos quiero callar ante tantos y tan reales merecimientos como aquí están. Quitadas y apartadas estas perversas costumbres, cumple que todas las malas artes de encantaciones y supersticiones sean desraigadas, no sólo de vuestros coraçones, pero aún de vuestros reinos y señoríos, de manera que en ellos no se usen más ni exerciten, y para esto han de ser quemados los libros que se fallaren, assí de Urganda como de la infanta Melía y de Arcaláus y de todos aquellos que esta mala y péssima arte usaron, porque consentiéndola no solamente no estáis en servicio de Dios, pero estáis en su ira y gran pecado mortal. (cap. ccxxviii, f. ccxvii).

5. LISUARTE DE GRECIA

(VII libro amadisiano)
de Feliciano de Silva
(1514)

por
Emilio Sales Dasí

TESTIMONIOS

[1] Sevilla, Juan Varela de Salamanca, 1514 (22 de septiembre)
[2] Sevilla, Jacobo y Juan Cromberger, 1525 (9 de octubre) [→]
[3] Toledo, 1534
[4] Toledo, Juan de Ayala, 1539 (15 de abril)
[5] Sevilla, Domenico de Robertis, 1543 (20 de diciembre)
[6] Sevilla, Domenico de Robertis, 1548 (19 de junio)
[7] Sevilla, Jacome Cromberger, 1550 (19 de enero)
[8] Estella, Adrian de Anvers, 1564
[9] Zaragoza, Pedro Puig y Juan Escarilla (a costa de Antonio Hernández), 1587

TEXTOS

1. El insólito desafío de Melía

Ellos hablando en esto y en otras cosas, entró un relámpago por la sala con tanto hedor y fuego, que todos cuidaron que eran muertos. Quedó tanto fumo en la sala, que por gran pieça no podían ver cosa alguna. Quitado el fumo, ellos, que muy espantados estavan, vieron en el suelo de la sala una es-

Bibliografía: Eisenberg-Marín: nº 1377. **Estudios**: Sales (1997) y Cravens (2000). **Guía de lectura**: Sales Dasí (1998).

pada desnuda muy sangrienta y d'ella salían muchas llamas de fuego. Y cabe ella estava una carta de pargamino con unas letras griegas. Tomada por los que en la sala estavan fue leída, y dezía assí:

Yo, la infanta Melía, destruidora de la fe cristiana, acrescentadora de la ley de mis dioses, te hago saber a ti, el emperador, que tú y todos los que te ayudaren, por mi causa avéis de ser muertos y destruidos. Esto por los enojos que el noble rey Armato de ti ha recebido, y porque en tu presencia verás degollar y quemar la cosa del mundo que tú más precias. En señal que será verdad te embío essa espada que de vista d'essa gran ciudad no se partirá hasta que salga en vano una profecía y obra de Apolidón. Y esto porque veas que nadie al mi gran saber se iguala.

Acabada de leer la carta, la espada se levantó en el aire y se subió tan alta a vista de todos los de la ciudad que pareció llegar al cielo. Y como tan alta fue, estuvo segura y fixa como una cometa, que muy claramente de todos era vista. El emperador y todos los de la sala estavan tan espantados que no sabían qué dezir; pero muy tristes fueron de aquellas nuevas. (cap. xii, f. xxi).

2. Los protagonistas se combaten sin reconocerse

Eyendo assí [*el Cavallero Solitario*], oyó ruido de agua de una fuente que cab[e] el camino estava. Él fue allá porque venía cansado por ser la noche escura, y acordó de passar aí essa noche fasta la mañana que tornasse a buscar a Alquifa. E beviendo del agua de la fuente, apartándose un poco d'ella por ver si podría dormir entre unas matas, començó a pensar en su señora grande pieça. Ya que se passava la media noche, oyó pisadas de cavallo, y estuvo quedo por ver qué sería. E vio que era un cavallero armado encima de un cavallo que a la fuente venía. E apeándose del cavallo, quitándole el freno, lo dexó pacer. Él se sentó cab[e] la fuente, y no tardó mucho que, dando un sospiro, dixo:

-¡O, amor, cuán alto me pusiste, faziéndome tan bienaventurado que amé a la que en el mundo par no tiene, y pues me posiste en tal gloria, no me dexes caer d'ella! ¡Y vós, mi señora, acordadvos de mí!

Como esto dixo, calló. El Cavallero Solitario que aquello le oyó, dixo entre sí:

-¡Por Dios!, que no sufra yo ante mí tal blasfemia, que nadie diga cosa con que quiera igualar a su señora con la mía, y por ventura quiçá será más mal, que podrá ser que este cavallero ame aquélla que yo amo, assí que en cualquiera manera soy obligado a castigar su locura.

Como esto dixo entre sí, crescióle gran saña. E enlazando el yelmo, se fue para el cavallero que, sintiéndole, el suyo en la cabeça tenía y, levantándose, dixo:

-¿Quién sois vós que a mí venís?

-Yo, dixo el Solitario, que quiero saber quién es essa que vós amáis, que dezís que no tiene par.

-¿Qué pro vos tiene esso?, -dixo el cavallero.

-No consentir delante de mí tan gran blasfemia contra mi señora, -dixo el Solitario.

-¿Cómo don cavallero, -dixo el de la Floresta-, queréis vós poner vuestra señora con aquélla que vós ni ella no merecéis servir? Aguardad, que yo vos castigaré vuestra sobervia y poco saber.

Poniendo la mano a la espada, se fue para el Cavallero Solitario, que la suya en la mano tenía. E comiénçanse a dar tantos y tan terribles golpes, solamente a la luz que las estrellas de sí echavan, que parecía batalla de veinte cavalleros. (cap. lxii, f. lxxiii[r]).

3. Carta amorosa de Lisuarte a Onoloria

¿Con qué podría yo pagaros, mi señora, la merced que me hezistes en rescebirme por vuestro? Ca de tan alta infanta el mejor cavallero del mundo no tuviera merescimiento de ser suyo, e yo que, a la sazón mudo y sin aver hecho cosa alguna, alcancé tan gran merced, que me ha puesto en trabajo de punar de ser tal que, cuando en vuestra presencia sea, tenga atrevimiento para llamarme vuestro. E si algún esfuerço para meterme en esto mi coraçón tiene, no es de maravillar, pues está puesto en tan alto lugar, que sin temor de ser vencido, aunque yo muera, en cualquiera afruenta pueda entrar. Pero lo que más me fatiga es lo que le da mayor esfuerço, que es sostenerse hasta saber de vos qué mandáis hazer d'él, o cómo estáis con éste que cosa propria suya no tiene desd'el día que mis ojos vieron la alteza de la vuestra gran hermosura, que tan presos fueron, que en las cadenas de vuestra presencia continuamente están puestos; y éste es el su mayor descanso, que en otra guisa, faltándoles el resplandor de vuestro hermoso gesto, no serían tan desleales que ellos y yo no muriéssemos. (cap. xvii, f. xxv^{v}).

4. La postración amorosa del héroe y la defensa de las mujeres

Dize la historia que la noche que Lisuarte de Constantinopla salió en la forma que avéis oído, essa noche anduvo tanto que se alongó mucho de la ciudad. Él se apartava cuanto podía de los caminos, iva tan pensativo y tan desacordado que no iva sino donde el cavallo levar lo quería. Assí anduvo essa noche y otro día sin quitar el yelmo de la cabeça, y sin comer él ni su cavallo; mas como vino la noche al pie de una gran sierra, quitando el freno a su cavallo, lo dexó pacer y él se echó entre los grandes árboles, y començó a cuidar muy fuertemente pensando qué haría de sí. No hazía sino muy fuertemente llorar; y estando en muchos pensamientos, acordó de dexar las armas y meterse en una hermita y servir a Dios fasta que muriesse, porque no sentía el esfuerço en sí para sin favor de su señora poder andar en el mundo. [...] Estando así, llegó un cavallero que por el mesmo camino venía muy espantado. De como vio a Lisuarte de aquella suerte estuvo espantado y paróse por ver qué desacuerdo era aquél. A esta sazón Lisuarte dio un suspiro diziendo:

-¡Ay amor, cuán mal conoces mi fe!

El Cavallero de la Floresta dixo alto:

-Vós, cavallero, algún loco devéis ser, que assí os mostráis subjeto de amor.

Lisuarte lo miró, que fasta entonces no lo avía visto, mas sin dezirle nada, tomando las riendas al cavallo, se quiso ir por el camino adelante, mas el otro lo asió por las riendas, diziéndole:

-Esperad, don cavallero ciego de amor, que primero quiero saber de vuestra locura.

Lisuarte, movido a saña, le dixo:

-Cavallero, ¿por qué razón vos tengo yo de dar essas cuentas? Dexadme ir mi camino, no me detengáis.

El cavallero dixo:

-Quiérolo saber por ver quién puede ser un hombre tan loco como vós, que de tan cativa gente y falsa y mala como son dueñas y donzellas está sujeto.

Lisuarte le dixo:

-Si fuéssedes tan cortés como sois maldiziente, no me detendríades. Si en otro tiempo me tomárades, yo os hiziera comprar caramente vuestra demanda, por poner lengua en las que vós no merecéis servir aun a la menor d'ellas, porque por ser muger tiene más merecimiento que todos los hombres del mundo.

El cavallero le dixo:

-¿Cómo, don cavallero, no basta que seáis loco sino necio, pues no me medre a mí Dios si todas ellas, ni aun essa que

a vós tal os trae, os quite de mis manos fasta que yo sepa toda vuestra hazienda, porque queráis agora vós igualar vuestra amiga comigo.

Lisuarte, movido a saña, metió mano a la espada e hirió al cavallero de toda su fuerça, que un braço le derribó en el suelo, diziendo:

-Tomad, don malo, porque queráis poneros con aquella que no tiene par.

E alçando el espada por le dar otro por cima de la cabeça, el caballero començó a fuir por donde havía venido a todo correr del cavallo dando muy grandes bozes. (cap. liii, ff. lvii^{r}- lviii^{v}).

6. La infidelidad amorosa de Perión de Gaula

Dize la historia que el Cavallero de la Espera y la duquesa, después que partieron del puerto de Litria, ivan la vía de Alemania con gran plazer fablando y jugando al axedrez y en lo que más les aplazía. La duquesa iva tan vencida en el su amor que nunca dormía pensando en él, y él assimesmo le parecía muy bien ella, pero no para que tuviesse pensamiento de dezirle cosa. Ella le sacava muchas vezes con algunas palabras por provarle, mas de que vio que a nada le salía, estava tan cuitada que se quería morir de pensamiento. Una noche después de cenar, ella y el Cavallero de la Espera se sentaron a jugar [a]l axedrez, y tanto se enbevieron en jugar que dos donzellas que en la cámara estavan se dormieron. La duquesa que lo vio, viendo que el cavallero nada le dezía, propuso de descubrirle su pensamiento, que tan ciega estava que perdiendo el velo de la vergüença que las mugeres deven tener, turbándosele la color, tremiéndole las carnes tanto, que el cavallero fue espantado y, viendo su turbación, le dixo:

-Señora, ¿sentís os mal o por qué estáis assí?

Ella le dixo sospirando:

-¡Ay, cavallero, malo fue el día que os vi pues por ganar mi tierra he perdido a mí! ¡Por Dios!, pues me vais a restituir en lo mío, que me restituyáis en mi libertad; pues venistes a aprovecharme, no me queráis dañar, que vuestra hermosura mis entrañas ha penetrado y rasgó mi coraçón.

Y diziendo esto, echándole los braços al pescueço, añudándole las manos atrás, le llegó su rostro con el suyo. El cavallero, que assí se vido, no pudo tener tanta lealtad a su señora que más piedad no oviesse de la duquesa, y besándola en la boca, tomándola entre sus braços, la llevó sobre un lecho que en la cámara estava, donde haziendo dueña aquélla que fasta allí donzella era, con gran solaz passaron gran parte de la noche. [...] Y con aquel vicio que avéis oído passaron quinze días, teniendo el de la Espera cada noche a la duquesa a su voluntad. (cap. lxi, f. lxxi).

7. La Aventura de los Príncipes Encantados: la ordalía amorosa y bélica

Acabando los reyes y reinas de comer, alçadas las tablas, todos los más cavalleros de la villa siendo en la sala juntos, entró por la puerta de la sala un cavallero vestido de paños de duelo, la barva y cabellos le llegavan a la cinta. En una mano traía un rétulo de pargamino grande escrito con letras de oro, luego tras él venía un cavallero armado de muy ricas armas. En su cabeça traía un yelmo, el más estraño y rico que jamás se vio, porque era todo de un diamante tan claro que todos los de la sala claramente en él se vían. Cabe el cavallero venía una donzella muy fermosa, vestida

de muy ricos paños con muchas piedras y perlas por ellos. En su cabeça traía sobre sus cabellos hermosos sueltos una corona que toda era hecha de rubíes y esmeraldas, con muchos diamantes y otras piedras de gran valor. La corona era tan fermosa y rica que todos cuantos aí eran nunca jamás otra tal vieran, ni con gran parte le igualasse. Luego venían veinte cavalleros todos armados de armas negras; d'esta forma entraron en la sala, todos muy espantados en ver cosa tan estraña. El cavallero que delante venía, fincando los inojos ante el rey Amadís, le besó las manos, dexando en medio de la sala el cavallero y la donzella que oído avéis. Como ovo besado las manos al rey, dixo que mandasse callar a todos y le oyesse lo que quería dezir. El rey mandó que todos estuviessen callados. El cavallero, alto que todos lo oyessen, dixo:

-Poderoso rey de la Gran Bretaña, la fama que he oído de la bondad de tu corte y la grandeza tuya me ha hecho venir aquí para lo que agora oirás. Sabrás, señor, que a mí me llaman Fristión, soy gobernador del reino de Cecilia, porque en aquella tierra no tenemos rey, puesto que reino sea, la causa señor es ésta que agora sabrás; sabed, señor, que en aquella tierra do yo soy governador, infinitos años ha, que no tenemos cuenta d'ellos porque passan de dos mil, que ovimos un rey llamado Filomeno. Este rey ovo un fijo y no más llamado Alpatracio, el cual, señor, es este cavallero que aquí ves. Este Alpatracio, siendo mancebo y muy buen cavallero, enamoróse por oídas de aquella donzella que con él viene que es fija de un rey de Francia que a la sazón era, y llámanla Miraminia. Como este Alpatracio por oídas de su hermosura tan vencido fuesse, determinó de ir a Francia por verla y servirla de forma que ella se toviesse por pagada de otorgarle su amor, y assí lo hizo, que, yendo donde ella estava, hizo tales cosas por donde ella le dixo que, a condición que la llevase al reino de su padre, del cual él era eredero, que ella le otorgaría su amor. Él lo hizo, que no con poco peligro la sacó y vino con ella. Como tornó en el reino de su padre, entrando en la sala donde su padre estava que era grande y rica, súbitamente en medio d'ella ambos fueron hechos piedra mármol, y a él le quedó este rétulo que yo traigo, que assí mesmo de piedra en su mano estava con estas letras que nadie leer podía. Como su padre d'este cavallero viesse su hijo tal, de pesar cayó luego muerto. E como no quedasse otro eredero sino éste, los del reino, viéndolo assí encantado, no han consentido tener rey, pensando que por tiempo éste, que su natural señor es, sería desencantado; y por esta causa han tenido siempre governadores juramentados que den el reino a este príncipe si desencantado fuere, y d'esta manera sucedieron muchos fasta que vine yo, que en mi tiempo puede aver tres años y medio o cuatro que, estando en mi governación, oímos un ruido que paresció el mundo hundirse, con el cual ruido las dos imágines de mármol que hasta aí de piedra eran fueron bueltas como agora los veis. Pero comer ni hablar ni más de lo que les veis hazer no han hecho, mas de solamente de andar por donde yo llevarlos quiero, que es para lo que este rétulo que traigo mejor que yo manifestará.

E leyendo las letras, dezían assí:

Yo, la infanta Medea, engendrada de los rayos del sol, sierva de los mis siete dioses que los cielos rodean, señora de todas las mágicas y artes de encantamientos, en tanta manera que alcancé a saber todo lo que después de mis días vendrá, porque en mis tiempos no ovo nadie que igualasse a mi saber, ni después de mí vendrá, por mi memoria fize y obré con mis artes el presente encantamiento. Esto hize yo en este príncipe e infanta porque en mis tiempos

ninguno en amar se les igualó, ni después d'ellos vendrá hasta que aquel cavallero venga que en bondad y valentía, por fuerça de armas y de amores, gane lidiando con él el yelmo que el cavallero trae. Esto porque passará en bondad d'armas a todos los que antes d'él fueron, y assí mesmo no se acabará de deshazer el encantamento fasta que venga una donzella que assí en hermosura como en amor passe a todas las que antes d'ella han sido, que puesta de inojos ante esta infanta, pidiéndole la corona, si ella con sus manos quitándola de su cabeça gela pusisiere, luego el encantamento desfallecerá del todo. (cap. lxxix, f. xci).

8. La prematura e inesperada separación de Amadís de Grecia de su madre

Llegándose el tiempo del parir, ellas descubrieron todo el secreto a Sirtensa y a Garinda, demandándoles consejo cómo podrían dar a criar lo que pariessen. En fin acordaron todas cuatro que, como pariessen, que ellas llevassen los infantes o infantas muy secretamente a una villa puerto de mar dos leguas de aí, do ellas eran naturales, llamada Filina, y diziendo que eran suyos los diessen a criar. En este acuerdo quedaron y, viniendo el tiempo del parir, un jueves en amanesciendo, Onoloria parió un infante, y no fue nascido cuando sin le ver fue tomado en ricos paños y embuelto, tomándolo Garinda para llevarlo apriessa para poder tornar antes que pariesse Gricileria. Onoloria lo tomó assí enbuelto en sus braços, besándolo con muchas lágrimas. Pareciéndole el más fermoso niño que nunca viera, le echó la bendición, y dixo a Garinda que le hiziesse baptizar y le llamassen Amadís de Grecia, esto por amor de su visabuelo le hizo ella poner aquel nombre, y el sobrenombre por amor de su padre. Garinda, tomándolo, se salió por una puerta de su aposentamiento; levando el niño en sus braços, se fue por la costa de la mar. Assí anduvo una pieça. El niño iva muy desmayado, tanto que ella pensó que se quería morir. Tomando agua de la mar, haziendo la señal de la cruz en ella, gela echó por cima de la cabeça llamándolo Amadís de Grecia como su madre mandara. Esto hizo ella con temor que se muriesse y no fuesse cristiano. Ella que acabava de baptizarlo, sintió venir gran ruido por las matas, y con el temor, dexando el infante, començó a fuir por donde avía venido escondiéndose. El ruido que venía eran diez negros cossarios que de una galea avían salido, que cerca de allí tenían. E como llegaron donde el infante estava, mucho fueron espantados. Como le vieron embuelto en ricos paños, creyeron ser hijo de algún gran hombre. Tomáronlo y, desembolviéndole, le vieron una estraña maravilla que tenía, y era una espada tan bermeja como brasa. Su nascimiento era desde la rodilla izquierda fasta irle a dar en derecho del coraçón la punta. En ella parecían unas letras blancas muy bien talladas, mas no las supieron leer. Ellos, muy spantados de tan estraña cosa, lo llevaron a la galea do traían sus mugeres. Entre ellas venía una parida llamada Esquicia, que dieron cargo que criasse al infante. E por la estraña maravilla de la espada le pusieron nombre el Donzel de la Ardiente Espada. Assí se fueron con él los cossarios. Garinda salió de do se avía escondido, y como fue donde dexara el donzel y no lo halló, pensando ser comido de bestias, no se podría dezir el llanto que por él hizo. (cap. c, f. cxii).